

El teniente de vuelo Richard Grant era un héroe a los ojos de sus camaradas y de la gente de su país. Entonces se salió del camino, y Fred Douglas, a cuyo hermano Grant había abandonado en una trampa mortal, se dio cuenta de que, pasara lo que pasara, no debían saberlo. Grant debía ser recordado como un héroe, ¡sin importar cómo muriera!

INCLUSO al iniciar su picado, el oficial de vuelo Fred Douglas no sintió ninguna aprensión. Estaba seguro de que todo estaba bajo control. Pero para asegurarse, empujó el morro del Spit hacia abajo y aceleró a fondo.

A menos de dos mil pies por debajo, su hermano, Bob Douglas, descendía a toda velocidad hacia los acantilados de Dover, con un Messerschmitt aullando en su cola.

Pero subiendo por el cielo, directo hacia el par en picado, con sus ametralladoras machacando la parte inferior de un segundo Messerschmitt, estaba el Teniente de Vuelo Richard Grant.

Fred Douglas miró la aguja del velocímetro, que se inclinaba cada vez más hacia la derecha, pero aún no tenía dudas de que su intervención no sería necesaria. Todo lo que Grant tenía que hacer era girar el timón a la derecha y disparar al alemán en picado con sus ametralladoras.

Los tres trabajaban como un equipo, los dos hermanos y el teniente de vuelo. De vez en cuando, uno de ellos se metía en un lío, como le había ocurrido ahora a Bob, pero siempre que eso ocurría uno de los otros estaba allí con las armas ardiendo.

Bob le había salvado la vida a Grant dos veces, una en Dunkerque cuando un alemán le pisaba los talones, y otra en Calais cuando tres Messers le asaltaron. Hoy Grant sacaría a Bob de un apuro. Y probablemente mañana el propio Grant se encontraría en un aprieto, y uno de los otros se lanzaría a ayudarlo.

Sólo una vez uno de ellos había fallado al otro. Fue cuando Grant fue derribado en Francia. Pero todo había salido bien, después de todo, ya que una semana más tarde un destructor recogió al jefe de vuelo, en el canal, intentando llegar a Inglaterra remando en un bote robado.

El aparato era un estruendo de sonidos silbantes y Fred Douglas vio que se acercaba al Messerschmitt, pero sabía que llegaría demasiado tarde. Sólo quería estar seguro... quería estar allí por si algo salía mal, por si le necesitaban.

En cuestión de segundos, Grant dio un golpe de timón y el nazi en picado se encontró de frente con una lluvia de acero.

La nave de Bob pasó junto al avión de Grant y ahora el camino estaba libre para el teniente de vuelo.

—¡LO TIENES, Grant! —chilló Fred por el micrófono del piloto, pero la nave del líder de vuelo no se desvió de su rumbo. Las Browning escupieron, pero no al nazi que se lanzaba en picado. Seguían apuntando al segundo Messerschmitt, que ya empezaba a tambalearse.

Un frío terror se apoderó de la garganta de Fred Douglas al darse cuenta de que Grant no iba a intervenir, que estaba más empeñado en asegurarse ese segundo Messerschmitt que en ayudar a Bob.

Y en ese segundo de terror, el Jerry en picado pasó por delante de la nave del jefe de vuelo y Fred Douglas supo que el trabajo dependía de él, supo que había pocas posibilidades de que llegara a tiempo.

Su mano saltó al acelerador de emergencia y tiró del mando. En respuesta, el aullido del Merlin se elevó hasta convertirse en un grito desgarrador y los cielos a su alrededor parecieron disolverse cuando el caza británico se lanzó literalmente sobre el Messerschmitt.

Con el dedo posado sobre el botón de disparo eléctrico, Douglas se inclinó hacia la mira anular, tenía al nazi centrado en ella... pero el tiro seguía siendo demasiado largo, aunque el Spitfire se estaba comiendo el cielo.

El humo azul de la cordita ardiendo salía del Messerschmitt y pedazos de metal saltaban del Spitfire de Bob. Más metal voló en otra ráfaga y luego un ala se fue desmoronando lentamente.

Dedos de acero atenazaban la garganta de Douglas y por su mente giraba una retahíla de imágenes del pasado. Fotos de él y Bob. Pescando en el viejo arroyo... sus primeros pantalones largos... su primera fiesta... el viejo coche que habían comprado y arreglado para que funcionara... las Navidades en casa...

El Spitfire de Bob empezaba a resbalar y Fred le gritó.

—¡Salta, Bob! ¡Sal de ahí!

Pero ninguna figura se lanzó desde la nave averiada. Todavía salía humo azul de las armas del Jerry. El Merlin cantaba su canción de odio... y las Brownings esperaban.

Entonces Douglas apretó el botón de disparo, pero mientras lo hacía vio una llamarada que saltaba del cielo, vio el Spitfire de su hermano precipitándose hacia el canal, una pira funeraria en llamas.

Por un instante, su cerebro enrojeció de dolor e ira y se ennegreció de un odio terrible. Su dedo apretó el botón de disparo, casi como si pudiera sacar más balas por segundo de aquellas potentes armas.

Volvieron a volar trozos de metal, pero esta vez metal alemán. Las balas de los ocho Brownings estaban literalmente masticando el Messerschmitt en pedazos... rebanando la piel metálica, golpeando el fuselaje, estrellándose contra la cabina, desgarrando el motor.

Y Douglas seguía manteniendo pulsado el botón, con maldiciones en la garganta y una roja venganza ardiendo en su cerebro.

Una de las alas del Jerry se estaba plegando, destrozada por el salvajismo de las Brownings. Aquella cosa que rebotaba en la cabina era el piloto nazi, sacudido por el impacto de las balas que brotaban de las armas del Spitfire.

De repente, el Messerschmitt se desplomó enloquecido, con un humo negro que salía del capó. Las Brownings estaban vacías. Muy por debajo, una segunda estela de humo se perdía en el aire.

DOUGLAS aflojó la palanca sacando al Spitfire de su picado. De repente, ahora que la acción había terminado, su cuerpo se sentía débil y agotado y su mente estaba enferma... enferma al darse cuenta de que Bob se había ido. Muerto en una nave en llamas sobre el Canal de la Mancha. Muerto porque el Teniente de Vuelo Richard Grant había fallado a su pacto no escrito. Todo lo que tenía que hacer era tirar del timón y apretar el botón de disparo. Si lo hubiera hecho, Bob habría seguido viviendo.

No cabía duda de que Grant había visto a Bob y al nazi perseguidor. Si pudiera haberlo... pero no lo hizo. La dura verdad seguía siendo que Grant había defraudado su confianza, no había ayudado al hombre que dos veces le había salvado la vida.

Douglas dirigió el Spitfire hacia arriba. Había otros Jerries allí arriba. Jerries a los que matar. Jerries para ayudar a arreglar las cuentas. Pero incluso cuando puso la nave en ascenso recordó que las cintas de munición estaban vacías.

Niveló, girando la nave hacia casa. Y justo en ese momento se desencadenó una tormenta de acero cuando un Messerschmitt al acecho se abalanzó sobre él. En un instante, los instrumentos desaparecieron como si una mano gigante los hubiera destrozado. El aceite entró en la cabina, cubrió sus gafas y le cegó. El Merlin

tartamudeaba y tosía y la nave se balanceaba peligrosamente.

Por encima de él, el Messerschmitt aulló burlonamente y luego se hizo el silencio mientras el Merlin se ahogaba y moría.

Instintivamente, Douglas trató de poner la nave boca arriba. Era la forma más fácil, la única práctica, de abandonar un caza. Pero los mandos no respondieron.

Salía humo del capó y del exterior llegaba el silbido agudo y fino de la atmósfera contra la nave que se desplomaba.

Desesperadamente, Douglas luchó contra los controles. Estaban irremediablemente atascados. Por un momento le asaltó el pánico, un pánico nacido del chillido silbante que le decía que se precipitaba hacia la muerte.

Un denso humo corría por la escotilla, impidiéndole la visión. Parte de él se enroscaba a través del tablero de instrumentos roto y le picaba en los ojos y la nariz. Oyó un crujido de cristales cuando su pie aplastó las gafas protectoras donde las había tirado al suelo.

Las llamas salieron del motor muerto y le mordieron la carne. El Spitfire empezó a girar. Douglas luchó furiosamente contra la escotilla, tratando salvajemente de salir del avión. Serpentinadas de llamas le azotaron y el giro le lanzó de nuevo al interior de la cabina.

El fuego arremetió con ferocidad y el humo convirtió la luz del sol en noche. Atormentado por el dolor, cegado, sin sentido del tiempo ni de la orientación, Douglas luchó desesperadamente por salir por la escotilla. El avión se tambaleó de repente y él quedó libre... libre y cayendo. Sus dedos abrasados encontraron la anilla del paracaídas y tiraron de ella. Se preguntó vagamente si el fuego no habría dañado las correas, pero un momento después la tela se tensó y quedó colgando, flotando hacia abajo.

Por primera vez se dio cuenta de que no veía nada. Parecía tener los ojos hinchados. Sus manos y su cara eran bolas de fuego y cuando intentó hablar, no pudo, porque sus labios estaban mal y su garganta estaba demasiado seca para funcionar.

TRES MESES más tarde, el hospital le dio el alta como curado y tal vez el hospital supo lo que se hacía. Sus manos ya no eran garras cerradas, mantenidas en posición de puño cerrado por músculos y carne abrasados. Su cara estaba entera de nuevo, salvo por algunas cicatrices que con el tiempo desaparecerían.

Pero las manos y la cara no eran lo único que había, pensó Douglas, cavilando en un rincón del comedor mientras tomaba un coñac doble. Había otras cosas que los

médicos no podían saber. Por ejemplo, las cosas que le ocurren al cerebro de un hombre cuando ha visto a su hermano envuelto en llamas, cuando él mismo está atrapado en un avión ardiendo.

No había disminuido la velocidad. Seguía derribando a los alemanes. Sabía que seguía siendo tan buen piloto como siempre. Pero la duda de que fuera tan buen piloto como siempre le estaba invadiendo. La audacia y el arrojo de antaño habían desaparecido. Ya no corría los riesgos de antes. Ahora se encontraba librando una lucha sombría y cautelosa, eficiente y calculadora... pero cautelosa. Algún día esa cautela sería su fin. Algún día, cuando tuviera que arriesgarse, no lo haría...

Sospechaba que hablaban un poco sobre él cuando no estaba escuchando.

La puerta de la sala de reuniones se abrió y entró el teniente de vuelo Grant.

—Hola, Grant —gritó uno de ellos—, ven y tómate una.

—¿Quién era ese bombón de anoche? —gritó otro.

—Ustedes muchachos no saben lo que dicen —dijo Grant—. Anoche estuve en el cuartel.

—¿Quieres decir que no fuiste a Londres?

—Eso —dijo Grant—, es exactamente lo que quiero decir.

Douglas hizo una mueca. Grant era popular. Cincuenta y tres Jerries en su haber... probablemente el número real era aún mayor, pues ése era sólo el marcador oficial. Los más jóvenes, sobre todo, le admiraban. Era un veterano, un as, uno de esos luchadores mortales que vivían una vida encantada.

Douglas borró de su mente la escena del bar, clavó los ojos en la copa de brandy y su memoria saltó de nuevo al día sobre el canal, el día en que la máquina de Bob se dirigió hacia los acantilados de Dover. De nuevo sintió que su propio avión se desplomaba, sintió que el terror se apoderaba de él, que buscaba el botón de emergencia...

UNAS BOTAS pisaron el suelo y Douglas levantó la vista. Grant, con un vaso en la mano, estaba ante él.

—Quiero hablar contigo, Douglas —dijo.

—No quiero hablar contigo —respondió Douglas, en voz baja—. Ya tengo que hablar contigo en el aire. Es suficiente.

Grant se sonrojó, pero se mantuvo firme.

—Una vez fuimos amigos.

—Ya no lo somos —afirmó rotundamente Douglas.

—Te estás desgarrando el corazón —le dijo Grant—. Tienes que acabar con ello.

—¿Es el comandante de vuelo el que habla? —dijo Fred—. ¿Temes que ponga en peligro a alguien más? ¿Insinúas que mi pilotaje no es tan bueno como antes?

—Por Dios, no —dijo Grant—. Es simplemente como amigo. Odio ver lo que te pasa.

—En ese caso —declaró Douglas—, te estás ocupando de algo que no es de tu maldita incumbencia.

Grant se volvió, pero Douglas lo detuvo.

—¿Te he oído decir que anoche estuviste en el cuartel?

—Pues sí —dijo Grant—, tal vez.

Douglas no dijo nada.

—¿Por qué lo preguntas?

—Un impulso —explicó Douglas—. Tal vez no debí hacerlo. Verás, sabía que no era cierto.

—¿Por qué me odias? —Preguntó Grant—. Conozco las razones generales, por supuesto, aunque no estoy de acuerdo con ellas. Pero, ¿cuál es la razón fundamental?

—Te esforzaste demasiado en tu carrera —dijo Douglas—. Pensabas demasiado en acumular puntos. Estabas tan ocupado consiguiendo ese... veintiocho, ¿no?... A ese Jerry, que no podías ayudar a un amigo.

—Ya te lo expliqué —protestó Grant.

—Olvidas que lo vi —espetó Douglas.

—Mira, Douglas, me agradas... a pesar de todo lo que dices, de tu forma de actuar. He pedido que te reasignen al vuelo.

—Cuando quieras solicitar que me reasignen de nuevo —dijo Douglas—, estaré complacido.

LOS CAMPOS de Holanda eran verdes y dorados, con pequeñas cintas de canal que los atravesaban. El operativo estaba a punto de terminar y la R.A.F. volvía a casa dejando tras de sí un rastro de ruinas.

Douglas se instaló cómodamente en el trabajo de pilotar el Hurricane a través del canal y de vuelta a la base. Había habido poca emoción. Con los alemanes ocupados en Rusia, rara vez había mucha emoción en esos días.

Grant volaba delante y a su derecha estaba Shorty Cave. Por encima y por detrás rugían los otros aviones que habían efectuado el bombardeo.

Los auriculares de Douglas ladraron una sola palabra. “¡Tallyhoo!”. Era la voz de Grant.

Douglas se sobresaltó, el grito le hizo prestar atención rápidamente.

En picada hacia ellos, directamente desde el sol, aparecieron las rugientes formas de los M.E. 110. Douglas no podía estar seguro de cuántos eran, pues no había tiempo para contarlos. Los alemanes les habían estado esperando, acechando en lo alto del cielo. Ahora se lanzaban al ataque.

Douglas tiró hacia atrás del timón y lanzó su nave hacia arriba. Una forma negra parpadeó en su campo de visión y pulsó el botón de disparo, pero el nazi iba demasiado rápido y el trazador falló. En el mejor de los casos, había sido un disparo improvisado.

Las armas martilleaban ahora mientras los aviones nazis se abalanzaban sobre la formación británica. El humo floreció en el cielo y un avión fue derribado.

Un Messerschmitt se abalanzó sobre él y Douglas giró su Hurricane en un bucle cerrado. Una bala alcanzó la punta de su ala y el nazi pasó. Un segundo después, con el bucle completado, Douglas estaba sobre su cola.

El M.E. intentaba escapar en picado y Douglas se dio cuenta de que su cerebro chasqueaba fríamente, calculando... como un hombre sentado ante un tablero de ajedrez, planeando su ataque con muchas jugadas de antelación.

Eso era lo que le aterrorizaba a veces cuando se sentaba con su brandy en la base. Una forma inteligente de luchar, tal vez, pero algún día le metería en un lío. No más temeridad, no más fuego, no más entusiasmo. Sólo un juego sombrío de algo que no era más que un juego mortal.

Tiró hacia atrás del mando deliberadamente para igualar la maniobra del Messerschmitt. El Jerry entró en el campo de visión de la mira, empezó a cruzarlo, saliendo del picado. Las balas se incrustaron en el ala del Hurricane mientras el artillero nazi ponía su arma en acción.

Entonces la escotilla del Messerschmitt estaba a la vista y Douglas abrió fuego con sus armas. Una corta ráfaga... cuatro segundos, no más, pero suficiente para llenar la cabina y el puesto de artillería de acero chirriante.

EL MESSERSCHMITT se tambaleó y giró, se escoró, derrapó y cayó. Siempre era así, pensó Douglas. No arriesgarse, mantener las armas hasta el momento oportuno, luego poner las balas donde contaban.

Pero algún día. Tal vez, algún día...

Se estremeció mientras giraba el Hurricane y lo lanzaba hacia el cielo. No había más Messerschmitts a la vista. Los Hurricanes y los Blenheims se estaban reorganizando.

Douglas se dijo a sí mismo que había sido otro típico ataque nazi, en el que los alemanes se lanzaban en picado, esperando ganar por el factor sorpresa, y luego se alejaban antes de que los cazas británicos pudieran acabar con ellos.

Inclinó el avión y miró por encima de un costado, y al hacerlo el corazón le dio un vuelco. Muy por debajo, un Hurricane se deslizaba hacia la tierra, aparentemente sin motor, pues Douglas no podía ver el lento remolino de la hélice brillando al sol.

No había paracaídas. Eso significaba que el piloto se arriesgaba a bajar a tierra con la nave averiada. Más rápido de esa manera... si vivías. Más tiempo para esconderse antes de que cayera una patrulla nazi.

Un nuevo sonido llegó... el sonido de un avión en picado. Douglas miró hacia arriba, y vio el Messerschmitt surcando el cielo... directo hacia el Hurricane que planeaba. Un buitre abalanzándose sobre una víctima herida e indefensa.

Con una maldición de rabia, Douglas inclinó su avión sobre su ala e inició una caída en picado que interceptaría al Messerschmitt en picado.

Esperaba que el nazi se desviara y tratara de huir, pero el avión se acercó.

Una vez más su cerebro hizo clic... como ruedas bien engrasadas funcionando mecánicamente. Calculando el ángulo de ataque, tratando de anticipar lo que haría el piloto del Messerschmitt, manteniendo el Hurricane apuntando a ese hipotético sector del espacio donde interceptaría al Jerry.



Como meteoritos vengadores, las dos máquinas bramaron por el cielo, rebasando al Hurricane que planeaba.

En cuanto el Jerry vea que voy a bloquear su jugada, el cerebro le decía, se retirará e intentará alcanzarme desde arriba. Así que lo que hay que hacer es anticiparse a él.

Douglas aspiró, miró con los ojos entrecerrados, midiendo la distancia, con la mano agarrando el mando.

El Messerschmitt se elevó de repente y, al hacerlo, Douglas apretó el acelerador hasta la última muesca. Con sólo unos metros de sobra, envió el Hurricane a toda velocidad bajo el vientre del Messerschmitt, tiró hacia atrás de la palanca, y condujo su máquina en una fuerte subida. El Merlin chilló de rabia, haciendo girar la nave en un bucle cerrado. Durante un segundo espantoso, el avión quedó colgado boca abajo y en ese instante, el Jerry que rugía hacia arriba entró en la vista de la mira. Douglas apretó el botón y delante de él el Messerschmitt se estremeció y entró en pérdida, giró sobre sí mismo y se dirigió a tierra con humo saliendo del motor.

Con el acelerador a fondo, Douglas inclinó su nave tras el Hurricane que planeaba.

Una voz gritaba en sus auriculares, una voz que reconoció.

—Douglas, maldito tonto, vuelve atrás. Gracias por lo que hiciste, pero no puedes hacer más.

—Grant, hay un campo ahí abajo —gritó Douglas—. Métete en él. Estaré justo detrás de ti. Entonces vamos a salir de aquí.

—Estás loco —protestó Grant—. No se puede hacer. Vuelve, te digo. Sólo seremos dos en vez de uno. Vuelve. Es una orden.

—Al diablo con las órdenes. Voy a por ti. Irás a casa conmigo. Amarrado a un ala... —se rio—. No es digno. Pero qué demonios. No podemos perder a un hombre como tú.

Grant ahora estaba furioso.

—Te arrestaré por insubordinación.

Douglas rio salvajemente.

—¿Insubordinación por qué? ¿Por impedirte hacer otra jugada de tribuna? Como la vez anterior. Volviendo a casa en un bote.

Deliberadamente alargó la mano y tiró del enchufe de los auriculares.

La nave de Grant acababa de dejar atrás los árboles del borde del campo y se dirigía hacia el prado. Golpeó y rebotó, rebotó de nuevo, amenazando con volcar, luego rodó hasta detenerse.

Douglas hizo aterrizar suavemente su Hurricane y se acercó rápidamente a la otra nave.

Rápidamente levantó la escotilla, saltó ágilmente al ala y brincó al suelo.

—¡Quédate donde estás! —le gritó una voz, y al girar vio a Grant de pie en el extremo del ala, con un Webley en la mano.

—Un movimiento —dijo el teniente del vuelo—, y te la daré.

Douglas se quedó mirando, con los ojos muy abiertos, sin comprender.

—Estás loco —jadeó—. Sube esa maldita cosa. Vas a volver conmigo.

Grant se rio... una risa mordaz.

—En eso te equivocas, Douglas. No voy a volver y tú tampoco.

—No hablas en serio, Grant.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida, mi amigo británico.

Se hizo el silencio entre ellos... un silencio incómodo.

—Así que —dijo Douglas finalmente—, así son las cosas.

Grant asintió, con los labios apretados.

—Inteligente, ¿verdad? Y vosotros, cerdos ingleses, no lo sospechasteis ni una sola vez.

—Inteligente —dijo Douglas con amargura—. Sí, terriblemente inteligente. ¿A cuántos de tus amigos nazis has derribado? Más de cincuenta, ¿no?

—Si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro —declaró Grant—. Y, después de todo, ¿qué son unas pocas vidas más o menos? Los que derribé habrían ido alegremente a la muerte de haberlo sabido.

Se rio entre dientes.

—Hay algo más... algo para que pienses detrás del alambre de púas de tu campo de prisioneros. Cuando termine mi misión aquí, volveré de nuevo. Como hice antes. Y seré un gran héroe inglés...

—¿Volverás para hacerlo todo de nuevo? —preguntó Douglas con calma.

—Así es —respondió Grant—. Una y otra vez y los ingleses nunca lo sabrán. Porque, ¿no derribo yo a los nazis a diestro y siniestro?

—Eso —declaró Douglas—, es la forma más baja de traición que se me ocurre.

—Traición no —dijo Grant—. Estoy sirviendo al Führer.

El Teniente hizo un gesto con el cañón de su pistola.

—Y ahora pongámonos en marcha.

En respuesta, Douglas se agachó y se lanzó bajo el ala del avión. Grant gritó y la Webley restalló, la bala silbó violentamente al rebotar en la piel metálica de la nave.

Rodando para protegerse bajo el ala, Douglas se puso de rodillas y sacó su Webley del bolsillo de su traje de vuelo. Sonó otro disparo y una bala se incrustó en el suelo a menos de un metro de donde estaba arrodillado.

Después, silencio... un silencio largo y aterrador. No podía ver nada de Grant, ni siquiera sus piernas moviéndose. El hombre, lo sabía, debía de estar acechándole. Se le erizó el vello de la nuca, con un miedo atávico.

Si al menos pudiera ver algo... ¡si al menos pudiera ponerme en pie y disparar! Cualquier cosa menos la sensación de estar atrapado... de saber que ahí fuera, en algún lugar del campo, un hombre estaba maniobrando deliberadamente para colocarse en posición de meterle una bala.

Se acercó con cuidado al fuselaje del avión, forzando la vista y escuchando atentamente. Llegó a sus oídos un rugido sordo... el latido de un motor lejano.

Así que allí estaba, se dijo, agazapado bajo el avión, esperando a que Grant se pusiera en posición... esperando a que el antiguo teniente de vuelo le metiera una bala en el cerebro. No había mucho, admitió, que pudiera hacer al respecto. El prado era plano como la parte superior de una mesa. Si se dejaba ver, Grant lo vería y empezaría a disparar. Por un momento consideró la posibilidad de hacer una escapada rápida, un intento de volver a la cabina del Hurricane y largarse, pero lo rechazó casi tan pronto como lo pensó. Prefería esperar aquí, aguardando la oportunidad que tal vez nunca

llegaría. Apretó con fuerza el puño de su Webley. Si pudiera localizar a Grant.

Había sido una tontería meterse en semejante lío. No fue, admitió para sí mismo, por el deseo de salvar a Grant de caer en manos alemanas.

Ese, por supuesto, había sido el primer impulso... salvar a un compañero de la captura. Era curioso que tal pensamiento le viniera a la mente sin cuestionarlo cuando sabía... y Grant sabía... que odiaba al teniente de vuelo. Lo odiaba y con razón.

Pero incluso así, ante las órdenes de Grant de dar media vuelta, podría haberse retirado y continuar hacia Inglaterra, si no se le hubiera ocurrido la absurda idea de llevar a Grant a casa, amarrado al ala del Hurricane. La idea de frustrar otra posible hazaña heroica, como cruzar el Canal en un barco robado, había sido demasiado difícil de resistir.

Sabía que algo así era posible, aunque bastante duro para el navegante. Pero eso habría sido darle a Grant algo que sería bueno para él... algo para desinflar el ego de un profesional de la guerra.

El murmullo que había oído era cada vez más fuerte... más fuerte y más cercano... hasta que supo que era un avión, el zumbido profundo de un Messerschmitt. Y se acercaba al campo.

ESPERÓ, agazapado, interrogante. Ahora estaba por encima de los árboles en el borde del campo... acercándose posiblemente a no más de treinta metros sobre el suelo.

De repente, las armas emitieron un graznido y su primer ataque fue seguido por un grito de terror.

Saliendo de debajo del ala, Douglas se quedó atónito. Grant corría hacia los árboles del otro lado del campo, gritando, agitando los brazos, mientras a su alrededor pequeñas bocanadas de polvo blanco bailaban a la luz del sol. Con una explosión de truenos, el avión rugió, a no más de quince metros por encima del Hurricane, con las ametralladoras rugiendo.

Congelado, Douglas observó el cuadro en el campo. Por un momento pareció que el tiempo se detenía mientras la escena se grababa en su cerebro... el hombre corriendo, las nubes de polvo cuando las balas del Messerschmitt rociaban el suelo, los altos árboles que contemplaban la escena, la corta hierba amarilla tostándose al sol.

Entonces el tiempo volvió a transcurrir y Grant tropezaba. Tropezando mientras los chorros de polvo seguían centelleando a su alrededor. Golpeó el suelo, se puso de rodillas y se arrastró, luego volvió a caer y no se levantó.

El Messerschmitt, con lo que pareció un grito de triunfo, se elevó por encima del borde de los árboles y aulló hacia el cielo. Voló en círculos, giró hacia atrás y rugió de nuevo hacia el campo. Douglas se escabulló rápidamente cuando el avión pasó por encima, volando sobre un ala, para que el piloto pudiera observar a los Hurricanes que estaban allí plantados.

Probablemente, se dijo Douglas, el nazi le estaba buscando a él, al otro piloto británico. Porque eso era lo que Grant debía parecer... nada más que un británico varado... un enemigo que era presa fácil. El hombre del Messerschmitt no podía saber quién era Grant. Y después de todo, se sumó a una especie de retribución sombría. Grant, que había matado a decenas de sus compatriotas en los cielos de Inglaterra y a lo largo de la costa, había sido la presa de uno de ellos.

Douglas esperó hasta que el zumbido del Messerschmitt se desvaneció y corrió a través del campo.

Vio que Grant estaba muerto, boca abajo, con las manos aferradas a la hierba amarilla. Rápidamente sus manos buscaron en los bolsillos, encontraron un pequeño cuaderno y una gavilla de papeles.

Acucillado, hojeó apresuradamente lo que encontró. Vio que el libro estaba lleno de notas... notas muy bien escritas. Lo que parecía un montón de papeles era un mapa.

Silbó suavemente al desplegarlo. Un mapa de las Islas Británicas, mostrando cientos de estaciones de la R.A.F., una simple guía de señales para un intento de derribar el brazo aéreo británico.

Al estudiarlo, se estremeció al darse cuenta de lo que significaría un mapa así en manos alemanas. Con ese mapa, la Luftwaffe podría asestar un golpe terrible a la R.A.F. Ese lejano sistema de pequeñas bases, que descentralizaba las fuerzas aéreas de la nación, era su mejor seguro contra un golpe mortal de la aviación nazi. Sin el mapa, la tribu de Goering tardaría medio siglo en encontrar y destruir, una por una, todas esas bases.

Pero con el mapa...

Douglas levantó la cabeza bruscamente. El Messerschmitt volvía otra vez.

EL MURMULLO se convirtió en un zumbido y el zumbido en un rugido. Metiéndose el mapa en el bolsillo, Douglas corrió hacia el Hurricane. Si el Messerschmitt le alcanzaba en campo abierto, habría dos hombres muertos en el campo.

Con el aliento silbándole en la garganta y el corazón latiéndole con fuerza, llegó al avión, se metió en la cabina y aceleró a fondo. La hélice en ralentí se convirtió en un

remolino de ruido y potencia. La nave saltó hacia delante y Douglas tiró con fuerza de la palanca.

Los motores del M.E. eran un grito de odio a sus espaldas, incluso cuando se alejaba de las copas de los árboles. Encorvó los hombros, esperando una lluvia de acero, casi sintiendo el aliento de las metralhas del Jerry sobre él.

Las ametralladoras se dispararon... demasiado tarde. Sintió el ruido sordo de las balas al chocar contra su avión, pero ahora estaba en un ascenso pronunciado, alejándose de su alcance. Sombriamente, mantuvo el morro del Hurricane casi erguido, observando cómo subía el altímetro. Debajo de él, sabía, el Messerschmitt debía estar subiendo para alcanzarle. Echó un rápido vistazo por encima de la borda y vio la nave nazi a su derecha. Le dio al Hurricane la última muesca en la cremallera, hizo un looping y se zambulló. Con un salvaje grito de júbilo, lanzó la nave directamente hacia el Messerschmitt.

Su dedo tocó el botón de disparo y las Browning chillaron. De una de las alas del M.E. voló una lluvia de metal. Los árboles se abalanzaron sobre él y tiró de la palanca. El Hurricane gimió y giró justo por encima de las ramas.

Una tormenta de balas trazadoras se estrelló contra el fuselaje y él se rio a carcajadas mientras giraba de nuevo y caía sobre el Jerry.

Esta vez no hubo fallo... ni un fútil batir de alas. Vio volar cristales astillados mientras las Brownings arrasaban la cabina de la nave bajo él.

No fue hasta que estuvo muy por encima del campo y se dirigió hacia el oeste cuando se dio cuenta de que su cerebro había sido incapaz de funcionar. No había habido cálculo, ni aversión a correr riesgos, ni adustez. Era como en los viejos tiempos, cuando él, Bob y Grant habían luchado en Dunkerque. Había luchado por puro instinto, había derribado su avión casi en las copas de los árboles.

Se tocó los bolsillos, y oyó el crujido del mapa cuando sus dedos lo tocaron.

Inteligencia estaría encantada de ver ese mapa y escuchar su historia. Sin duda, Inteligencia haría algo al respecto... porque Grant no podía ser el único, debía de haber otros. Probablemente habían sido los que Grant había ido a ver a escondidas a Londres. Tal vez la chica sobre la que los chicos habían bromeado en el comedor podría ser una de ellas.

Pero la Inteligencia era reservada y el escuadrón nunca lo sabría. Y eso era lo mejor, porque Grant era un héroe... y ahora mismo Gran Bretaña necesitaba todos los héroes que pudiera conseguir... vivos o muertos.

¿Su propio informe? Eso no era difícil de imaginar. Ya podía verlo:

“El Teniente de Vuelo Richard Grant encontró la muerte heroicamente, al intentar pilotear una nave averiada a tierra”